

MI FOTOTECA NACIONAL

Claudia Negrete Álvarez
Investigadora independiente

*A José Antonio Rodríguez. Maestro constante,
colega generoso y, por sobre todas las cosas,
el mejor de los amigos.*

Los aires políticos corrieron a favor de la memoria impresa en plata hacia la década de los años setenta del pasado siglo. Qué mejores vientos que los de Pachuca, Hidalgo en aquel viernes 19 de noviembre de 1976. El ex-Convento de San Francisco recibía una nutrida concurrencia según la imagen que publicó *El Herald de México* dos días después.¹ Dentro de los muros del claustro bajo se encontraban los descendientes de Agustín Víctor Casasola; el gobernador del estado, Jorge Rojo Lugo; el secretario del CEN del PRI, Porfirio Muñoz Ledo; el secretario de Gobernación, Mario Moya Palencia y el presidente de la República, Luis Echeverría. Se encontraban allí “intelectuales, escritores y pintores”, pero quizá uno de los más importantes fue un actor de la época del cine de oro mexicano: Rodolfo Landa. En realidad, se trataba del hermano del presidente, quien desde su privilegiado vínculo con el poder en turno, impulsó las artes de las imágenes de plata.

Detrás del podio, desde donde oficiaba el Jefe de la Nación, se leía con grandes letras sobre el muro: “Continuidad de la Revolución Mexicana”. Esa era la importancia y el vínculo que las autoridades políticas encontraban en aquellas imágenes: “Es significativo que al estar por conmemorarse un aniversario más del inicio de nuestra Revolución Política y Social (*sic*), se ponga en manos del pueblo este archivo que capta instantes característicos de esta época de la vida nacional.”²

Pero fue quizá Gustavo Casasola hijo, en su labor de editor y comercializador del acervo familiar, quien tuvo un papel fundamental en sensibilizar al Presidente sobre la importancia de la preservación de la memoria visual. El poder y la imagen fotográfica debían tener buenas relaciones para ocupar un buen lugar en la Historia, –como lo demostraba el último volumen de *Historia Gráfica de México* “donde se reseñan las actividades del Jefe del Ejecutivo”³– que el descendiente de Agustín Víctor le entregó durante la ceremonia. Otro regalo más para la historia de la fotografía lo recibió Guillermo Bonfil Batalla como director del Museo de Antropología e Historia: una de las cámaras perteneciente al fundador de la dinastía Casasola.

La idea sobre la necesidad de crear repositorios para la preservar la memoria fotográfica, estaba presente ya en algunos ámbitos culturales, como el espacio creado por Lázaro Blanco en la Casa del Lago de la Universidad Nacional Autónoma de México. El profesional de la lente no sólo estaba a cargo de la enseñanza del arte de escribir con luz, sino también de su difusión a través de una galería en esa misma institución. Ese mismo noviembre de 1976 podían observarse obras de Manuel Álvarez Bravo, Pedro Meyer, María García, Aníbal Angulo y Antonio Turok, entre otros, que integraban inicialmente ese proyecto:

Se ha montado una interesante exposición fotográfica en la Casa del Lago integrada con cuarenta obras de artistas que generalmente han exhibido en esta institución cultural. Con tales obras se ha llevado a cabo una feliz idea: crear la fototeca de la Casa del Lago.

Lázaro Blanco, coordinador de la galería, afirma que en los tres años que ha funcionado la sala se ha propuesto presentar una amplio panorama sobre la clase de fotografía que se hace en el país. Fotógrafos renombrados, como completamente desconocidos han aportado, con su obra, una variedad de temática y forma que se puede observar en esta colección.⁴

Casi treinta años después de estos eventos, iniciaba mi primera investigación sobre fotografía en México. Gracias a la consciencia sobre la importancia de la creación y conservación de repositorios fotográficos generada desde aquellos años, se fueron abriendo espacios para su conocimiento. Acudí a la generosidad de coleccionistas particulares y, desde luego, a la fototeca más grande del país.

Una serie de viajes, que aún no terminan, comenzaron para mí. Con mucha emoción, tomé el autobús en Indios Verdes y llegué por primera vez Pachuca. Le pedí al taxista que me llevara al ex-Convento de San Francisco. Aquellos rotundos muros de piedra me parecieron imponentes, sin duda guardianes idóneos de la frágil memoria inscrita en plata. Subí al claustro alto a entregar mi carta de solicitud de consulta dirigida a la entonces directora Rosa Casanova, historiadora del arte y una de las primeras investigadoras en fotografía en México.

Una vez aprobada mi visita, me condujeron por un pasillo con bóveda de cañón corrido que parecía interminable hacia el área donde estaban las computadoras. Debía seleccionar las imágenes que buscaba en la base de datos que reunía el trabajo titánico que significaba catalogar y sistematizar dicho proceso. Aún era un trabajo en curso, por lo que también se debía hacer una búsqueda física de las imágenes por parte de los “fototecarios”. Así que tendría que regresar en otra ocasión. Según me explicaron, para que pudiera verlos en la Bóveda, los ejemplares no sólo debían ser localizados físicamente sino que deberían ser preparados para el cambio de condiciones de temperatura y humedad. El proceso de consulta en Fototeca Nacional también constituyó un camino de aprendizaje en sí mismo.

Lo más emocionante fue, y sigue siendo, mirar las imágenes. Mi selección, que comprendía en su mayor parte tarjetas de visita de Valleteo, me esperaba junto a dos personas: Heladio Vera y Rogelia Laguna. Ambos me impresionaron por sus conocimientos técnicos y de conservación pero, sobre todo, por su notoria pasión hacia su trabajo. El primero de ellos tenía estudios de Física en el Instituto Politécnico Nacional, y cuando comenzó a laborar en la Fototeca Nacional inició su especialización en torno a la preservación de estos documentos visuales.⁵ Por su parte *Roge*, como afectuosamente le llaman, no tenía estudios universitarios: había desempeñado labores como custodio a la entrada del Centro INAH desde 1987 y un día que vio pasar al director de la Fototeca, Eleazar López Zamora, le pidió trabajo.⁶ En un inicio continuó en tareas de vigilancia, pero pronto Servando Aréchiga, el conservador en jefe de la dependencia, comenzó a compartir sus conocimientos, en sus palabras “con la práctica y los cursos que nos daban para conocer los procesos pasamos a ser auxiliares de conservación”.

A finales de la década de los años ochenta, el trabajo a realizar con un acervo tan grande era una labor descomunal. Había pocos especialistas. En realidad, éstos se fueron formando en el camino. El conocimiento del acervo debía partir de lo más elemental, mirar las imágenes: "...en ese tiempo no había computadoras, todo era manual. Si iba algún investigador, si se requerían imágenes para un libro o una exposición, todo lo hacíamos buscando las piezas físicamente. Era muy diferente, porque veías los originales y así adquirí mucha experiencia en el conocimiento del acervo."

Aquella mañana de 1997 de mi consulta en Bóveda, a la emoción de ver las piezas de manera física se sumaba un proceso de aprendizaje mutuo entre quienes resguardaban las imágenes y quienes, como yo, las requerían. La cultura es acumulativa, y la generación de conocimiento, un proceso colectivo. Desde su perspectiva como fototecaria, Rogelia menciona la importancia que atribuye a ese intercambio de saberes: "Aprendí mucho con los investigadores que iban, me gustaba mucho atenderlos. Ahora los investigadores acuden a las máquinas y el acceso físico es ya muy escaso." Pero el aprendizaje ha continuado en compañía de las imágenes: ella sigue trabajando en lo que llama "monitoreo" de las colecciones, es decir, en la comprobación de su buen estado físico.

Treinta y cinco años después de haber entrado como custodio al Centro INAH, puede retirarse de su vida laboral como conservador especializado: "Me gustaba y me sigue gustando mucho estar ahí [en Fototeca Nacional]. Yo ya quiero jubilarme pero siento una nostalgia que no quisiera irme (*sic*)". A Heladio Vera también se le presentó tal disyuntiva; ya está retirado de sus labores en el INAH, pero no de la fotografía. Ha seguido colaborando en exposiciones como investigador y curador hasta el día de hoy. *Moriremos mirando* --el título del libro testimonial de Alberto García Álix-- viene a la mente.

En ese largo andar, desde los muros novohispanos del ex-Convento de San Francisco, con vientos a favor y en contra, se ha forjado una comunidad de trabajo, conocimiento y pasión en torno a los objetos construidos de memoria y luz. Quizá algunos moriremos mirando; sin duda alguna, amando mirar.

- 1 Jesús Saldaña, "Inauguró LE Instalaciones del Archivo Casasola", en *El Heraldo de México*, 21 de noviembre de 1976. Se le da el crédito al fotógrafo Acosta.
- 2 *Idem.*
- 3 *Idem.*
- 4 Macario Matus, "40 obras de la Fototeca de la Casa del Lago" en *El Nacional*, 22 de noviembre de 1976.
- 5 Heladio Vera Trejo, *Arte para construir puentes sociales*, (Pachuca: CECULTAH, 2018).
- 6 *Entrevista a Rogelia Laguna García*, 29 de agosto de 2022. Todas las citas en adelante, pertenecen a esta entrevista.



Área de catalogación. Fotografía Arturo Jaramillo Peñal